
« JESÚS ES DE DIOS »

Marcel Légaut ⁽¹⁾

Cuando me pongo a intentar hablar de la *relación* de Jesús con Dios, utilizo con gusto la expresión «Jesús es de Dios». Decir esto es para mí más inspirador y evocador que decir, crudamente, «Jesús es Dios». No es que decir esto sea más aclarador, porque Dios es para mí, más que desconocido, impensable, si bien, por otra parte, necesito pensar que él *es* por razón de lo que capto de lo que yo soy, de lo que ocurre en mí que me crea a partir de lo que soy.

Mi fe en Jesús es la que me sugiere esta expresión que, sin embargo, no tiene un sentido precisable para mí; un sentido que me satisfaga, que pueda decirme a mí, o a otros, quién es Jesús para mí. A partir de esta expresión me esfuerzo —porque ella me ayuda a hacerlo— en ser lo que siento tener que ser en lo que atañe a Jesús, dado lo que veo que él es para mí. Así, mi relación con Jesús no es sólo intelectual o afectiva sino más real; relación que, antes, sólo intentaba vivir a partir de mi creencia en la divinidad de Jesús, es decir, sin procurar acercarme más a lo que Jesús fue humanamente; sin preocuparme por descubrir, poco a poco, gracias a mi experiencia y a mi fe, la significación de esta expresión que entonces creía comprender y que no hacía sino repetir.

Cada uno debe encontrar y crear para sí, para su propio uso, a partir de lo que se le propone y ofrece, la expresión que sea para él palabra de Dios porque está extraída de su ser y vehicula toda la experiencia de su vida de fe. De lo contrario, ¿cómo no incurrir en un verbalismo más o menos elaborado, aunque sea autorizado y de autoridad? A decir verdad, una expresión extraída del propio ser es

⁽¹⁾ *Patience et passion d'un chrétien* (1990), París, Desclée de Brouwer, págs. 215-216.

plegaría por sí misma y por su orientación. «Tú tienes las palabras de la vida eterna», recogen las Escrituras que dijo un discípulo. Consciente o inconscientemente, ¿puede hacerse menos y ser verdaderamente hombre de fe?

Los discípulos de Jesús se aproximan, mediante este acto creador —propio de cada uno, fruto de su unidad y unicidad, y madurado bajo la acción de Dios—, a la unidad y unicidad de su comunión, completamente distinta de la uniformidad en el decir y en el hacer; única comunión digna de la grandeza del hombre, y que lo abarca entero. De esta *comunión*, el cuarto evangelio afirmó, no sin audacia, que era *semejante* a la comunión de Jesús con Dios.